

LAS METAMORFOSIS DEL PRÍNCIPE M.¹

En 1931, Roman Jakobson publicó un ensayo titulado «On a Generation That Squandered Its Poets» [«Acerca de una generación que desaprovechó a sus poetas»]. Era tanto un tributo a Vladimir Maiakovski, que se había suicidado el año anterior, como un diagnóstico más amplio sobre el valioso grupo de escritores nacidos en Rusia entre 1880 y 1895, varios de los cuales –Nikolai Gumiliov, Alexandr Blok, Velimir Jliébnikov, Sergei Esenin– también habían encontrado un fin prematuro. Común a todos ellos, sostenía Jakobson, era la angustiada contradicción entre las esperanzas trascendentales para el futuro y la obstinada resistencia de la vida material. La decisión de Maiakovski no era, por supuesto, la única opción disponible: muchos escritores de la misma generación, incluido el propio Jakobson, escogieron el exilio; otros, como Anna Ajmátova, optaron por el silencio estoico o, como Boris Pasternak, encontraron alguna forma de acomodarse a las realidades cada vez más sombrías de la Rusia de Stalin. Y todavía otros –Isaak Bábel, Osip Mandelstam– fueron posteriormente consumidos por el Gulag. Pero todos ellos estuvieron unidos por una ineludible e incómoda condición: «El paroxismo de una generación irremplazable resultó no ser un destino privado –escribía Jakobson–, sino de hecho el rostro de nuestro tiempo, el propio aliento de la historia».

En Mirski –nacido en 1890– todos los dilemas y destinos de esta trágica generación se reunieron en una sola vida: tras luchar a favor de los blancos en la guerra civil rusa, se exilió y residió principalmente en Londres; después, a finales de la década de 1920, se reconcilió con el Estado soviético y se hizo marxista, trasladándose nuevamente a Rusia en 1932. Tras una serie de estridentes denuncias por parte de sus críticos, fue detenido en 1937 y enviado a los campos de Kolyma, donde falleció en 1939. Más conocido por su imponente *A History of Russian Literature from the Earliest Times to the Death of Dostoevsky* (1927), Mirski fue ante todo crítico literario, pero conseguía centrar su formidable intelecto con igual agilidad casi en cualquier tema; y escribió dos historias diferentes de Rusia a finales de la década de 1920, así como un retrato brillante y sarcástico de la

¹ G. S. SMITH, *D. S. Mirsky. A Russian-English Life, 1890-1939*, Oxford University Press, 2000, 416 pp.

intelectualidad británica a mediados de la de 1930; aparte de esto, preparó una corriente constante de artículos sobre diversos temas y periodos, casi todos iluminados por su extraordinaria perspicacia y erudición. Pero, al contrario que otros muchos escritores rusos, Mirski no dejó viuda que se ocupara de su legado, ni un archivo sustancial de papeles personales a partir de los cuales los especialistas pudieran trazar un retrato fiel. *D. S. Mirsky: A Russian-English Life*, el resultado de décadas de trabajo, es el primer estudio completo sobre su azarosa y complicada trayectoria. Basándose en documentos tan variados como cartas garabateadas en la niñez y archivos del NKVD, G. S. Smith ha realizado una contribución impresionante y enormemente valiosa para el conocimiento de una figura fascinante y durante mucho tiempo olvidada.

Dimitri Sviatopolk-Mirski procedía de una de las familias principescas más antiguas de Rusia –descendía de Sviatopolk el Maldito, que fuera brevemente gran príncipe de Kiev en el siglo XI– y dividió su extremadamente cómoda niñez entre San Petersburgo, la propiedad familiar cerca de Járkov y balnearios de Inglaterra, por aquel entonces destino de moda entre la aristocracia imperial. Su padre era alto funcionario del régimen zarista y sirvió brevemente como ministro del Interior tras el asesinato de Plehve, en 1904. Obligado a dimitir tras el Domingo Sangriento, la intelectualidad liberal lo recordaba con cariño por amnistiar a una serie de figuras sobresalientes, como Máximo Gorki. Los diarios de la madre de Mirski revelan que también ella poseía un considerable discernimiento político: durante los disturbios de 1905, afirmó que el único medio de evitar la revolución era la reforma agraria, siguiendo precisamente las líneas que Stolipin adoptaría en 1907. El origen privilegiado de Mirski le proporcionó una buena educación: estudió inglés, francés, alemán, latín y griego con un tutor personal, y posteriormente asistió al Liceo Imperial de Moscú y a la Escuela Tenishev de San Petersburgo, de la que posteriormente fueron alumnos Nabokov y Mandelstam. En 1908, comenzó a estudiar lenguas orientales en la Universidad de San Petersburgo, pero lo dejó para unirse al ejército imperial en 1911, en el que serviría –aparte de un intervalo durante el que estudió para titularse en historia antigua– hasta marzo de 1918. Sus fotos de oficial muestran una figura con barba, el cabello ya ralo, que ofrece a la cámara una mirada astuta y desafiante.

El clima de Rusia en los últimos tiempos del imperio era intelectualmente cosmopolita –al parecer, Bergson y Nietzsche eran lecturas obligatorias–, pero también imbuido de un misticismo expectante. Un excitable fragmento de prosa que formaba parte del debut literario de Mirski en 1906 –Pero hemos perdido nuestra fe, estamos buscando lo nuevo, lo insensato y quizá lo falso, amamos el futuro con nuestra naturaleza apasionada, con nuestro amor desesperado y desencantado– transmite parte del ambiente de la época. Por entonces, Mirski y sus amigos se asociaban con Viacheslav Ivánov y Mijaíl Kuzmín, importantes celebridades literarias de la época y notorios por sus ebrios esparcimientos. En los años anteriores a la revolución, Mirski se movió también en los mismos círculos

que Ajmátova, Nikolai Punin y Gumiliov. La leyenda dice que en 1911 este último se topó con Mirski en Tsarskoe Selo, después de haber leído su primer libro de poemas, y comentó: «No está mal para un oficial de la Guardia»; ante lo cual, Mirski hizo que un lacayo comprara todos los ejemplares restantes y los destruyera. En cualquier caso, nunca contó el libro entre sus publicaciones, y posteriormente se dedicó exclusivamente a la crítica.

Mirski se reincorporó a su regimiento en 1914, tan pronto como estalló la guerra, sirviendo en el frente alemán hasta el verano de 1916. Aproximadamente en agosto de ese año parece haber caído en desgracia por negarse a beber a la salud del zar, y fue trasladado al frente caucásico hasta la desmovilización que tuvo lugar en la primavera de 1918, cuando regresó a Járkov. La ciudad se vio pronto inmersa en la guerra civil, cambiando varias veces de los rojos a los blancos, y viceversa, entre 1918-1920. Habiéndose trasladado a Crimea a finales de 1918, junto con otros muchos emigrantes blancos –Nabokov entre ellos– que posteriormente partieron en barcos británicos, franceses o griegos, Mirski retornó a la refriega, uniéndose al ejército de Denikin en marzo de 1919 y tomando parte en acciones llevadas a cabo por todo el sur de Rusia. Posteriormente manifestaría su admiración por las evocaciones literarias que Bâbel y Shólojov hicieron de la guerra civil, señalando que «en todos los bandos –blanco, rojo y verde– fue acompañada de una indescriptible crueldad».

Tras la derrota de Denikin, Mirski fue brevemente internado por los polacos antes de escapar a Grecia, a través de Austria. Desde Atenas empezó a escribir para el *London Mercury*, y en julio de 1921 se trasladó a Londres permanentemente, creyendo que eso le proporcionaría las mejores oportunidades para ganarse la vida. El conocimiento que Mirski tenía del inglés era ya formidable, comparable sólo al de Nabokov; pero la elección quizá hubiera estado dictada también en parte por las preferencias anglófilas de su clase, ya que su francés y su alemán eran casi igual de perfectos. Por otra parte, la madre y sus dos hermanas –el padre había fallecido en 1914– escogieron Francia, y el grueso de la emigración blanca optó por París o Berlín. El aislamiento resultante de su traslado a Inglaterra, sin embargo, parece no haber entrado en los cálculos de Mirski; aquí, como en todo lo demás, los lazos de familia o de amistad no fueron obstáculo para sus decisiones.

En 1922, Mirski empezó a enseñar literatura y lengua rusas en la Escuela de Estudios Eslovacos, y desde entonces hasta su partida hacia la URSS, en 1932, dividió su tiempo entre Londres (durante el periodo lectivo) y diversas partes de Francia (tan pronto como podía escapar). Mientras estaba en Londres se relacionaba con rusófilos y bloomsburitas, a los que tan ferozmente atacaría en *The Intelligentsia of Great Britain*. Algunos conocidos lo describen en esta época como una persona vestida de manera descuidada y «dolorosamente tímida». En su autobiografía, Leonard Woolf (quizá bajo la influencia combinada de la lejanía temporal y los estereo-

tipos eslavos) escribió que el rostro de Mirski siempre contenía «la sombra de una sonrisa [...] pero era la sonrisa maligna del tiburón o del cocodrilo». Otra emigrada rusa, Flora Solomon, lo calificó de «apasionado *bon viveur*», en referencia indudablemente a su gusto por el alcohol y su impresionante *gourmandise*: al parecer dedicaba buena parte del tiempo pasado en Francia a lo que Smith denomina «turismo gastronómico». Dejando aparte estas francachelas, parece que Mirski vivía con bastante frugalidad, financiado por un salario fijo como profesor y la corriente de cheques que recibía de su fenomenal productividad como colaborador independiente. Al contrario que otros exiliados, su vida debía de ser bastante cómoda; ciertamente nunca se ocupaba de las tareas diarias. Smith sugiere que «con toda probabilidad, Mirski nunca hizo la compra, y mucho menos cocinó o fregó tras una sola comida de su vida», aunque esto quizá sobreestime la comodidad de sus años en Moscú. Aun así, en días posteriores, un periodista italiano pudo achacar a Mirski el haber sido un parásito bajo tres regímenes: príncipe durante los zares, profesor bajo el capitalismo y escritor en la URSS.

Parece haber habido muy pocas personas de las que Mirski —esencialmente un solitario— estuviera verdaderamente cerca, y su vida privada sigue envuelta en el misterio. Aunque Kuzmín era abiertamente homosexual, no hay indicios de que al joven Mirski le interesara especialmente el elemento físico de su «desvío». Su interés por escritores como Konstantin Leontief, Vasili Rozanov, D. H. Lawrence y André Gide, todos ellos preocupados íntima o públicamente por las relaciones con el mismo sexo, también fue principalmente intelectual. Parece que tampoco le interesaba mucho el otro sexo: dejando aparte un impetuoso matrimonio, que duró dos semanas, con una de las enfermeras que lo atendieron en un hospital de campaña en 1916, parece haber tenido sólo dos relaciones breves y fracasadas con mujeres. Una fue Vera Suvchinskaia, esposa de su amigo y también emigrado Piotr Suvchinski; la otra con Marina Tsvietáieva, cuya reputación él ayudó más que ningún otro a forjar.

Tsvietáieva y los demás poetas de su generación eran prácticamente desconocidos para los lectores anglófonos cuando Mirski llegó en 1922. No había estudios sobre literatura rusa más allá de 1890, y aunque Dostoievski se hizo muy popular en Inglaterra hacia la Primera Guerra Mundial, había pocas obras rusas posteriores disponibles en traducción. Los primeros escritos de Mirski pusieron a los lectores ingleses en contacto con Blok, Ajmátova, Gumiliov, Maiakovski y Pasternak, pero prestó su mayor servicio a las letras rusas en los dos libros magistrales escritos a mediados de la década de 1920: *Contemporary Russian Literature, 1881-1925* (1926) y *A History of Russian Literature from the Earliest Times to the Death of Dostoevsky* (1927). Ambos son obras maestras, de análisis condensado y penetrante, llenas de memorables explicaciones y caracterizaciones: Tolstoi es un «Euclides de las cantidades morales», mientras que Dostoievski «se ocupa del esquivo cálculo de los valores fluidos»; los personajes de éste se describen como «átomos cargados con la electricidad

de las ideas». Mirski ofrece sus opiniones con asombrosa seguridad en sí mismo, calibrando sin temor los componentes de toda una tradición literaria. Tiene duras palabras para Chejov –preguntándose «si la elite avanzada del mundo occidental ha alcanzado definitivamente la fase de senilidad mental que puede quedar satisfecha sólo por [su] genio otoñal»– y para muchos de sus contemporáneos: Víktor Shklovski es «brillante» pero su obra resulta «afectada y descuidada», «esencialmente superficial». Lo más notable de todo, sin embargo, es el compromiso de Mirski con la literatura soviética –Bábel, Boris Pilniak, Yevgueni Zamiatín– y su actitud hacia la emigración literaria, que «carece de un sotobosque saludable: ni un solo poeta o novelista de importancia ha surgido de las filas de la joven generación que había abandonado Rusia».

Aunque Nabokov todavía no se había consolidado cuando Mirski escribió *Contemporary Russian Literature, 1881-1925*, sorprende la ausencia de estudio alguno sobre su obra en los posteriores escritos de Mirski. Después de todo, Mirski era extremadamente cabal, y un crítico ponderado, incluso con aquellos talentos que le resultaban poco atractivos. Una posible explicación de esto –y habría que señalar que Nabokov debe su estatura sobre todo a obras no escritas en ruso– quizá radique en la convicción que Mirski albergaba de que la cultura emigrada rusa, encerrada en el pasado imperial y con una audiencia decreciente, estaba entrando en una larga agonía mortal. Escribió en casi todas las grandes publicaciones de emigrados, de todo el espectro político, desde monárquicas a revolucionarias socialistas, entre 1922 y 1927, criticando provocativamente a escritores emigrados y soviéticos por igual, e insistiendo en que la cultura literaria era un lazo vivo entre ambas. Pero en 1927 había llegado a la conclusión de que la emigración pertenecía a una formación cultural moribunda y de que incluso sus escritores de más talento, como Vladislav Jodasiévich, estaban destinados meramente a proporcionar ecos immaculados de glorias pasadas.

Hubo, sin embargo, una tendencia de pensamiento original de la emigración, con la que Mirski se asoció íntimamente a mediados de la década de 1920. El eurasiatismo se originó en un conjunto de artículos publicados en Sofía en 1921 por un grupo de intelectuales rusos, entre los que se encontraba el sobresaliente lingüista Nikolai Trubetskoi. Aunque en muchos aspectos era heredero de la tradición eslavófila –no de las tendencias occidentalizadoras que conformaban el otro polo que estructuraba el campo intelectual ruso– el eurasiatismo rompió con ella al negar su relación con la esclavitud étnica, insistiendo por el contrario en las conexiones existentes entre Rusia y las civilizaciones orientales. Su esencia radicaba en la concepción de Eurasia como una única entidad geopolítica, no poblada por europeos o asiáticos, sino por una aglomeración de pueblos cuya identidad y costumbres derivan de los procesos utilizados para dominar los enormes espacios que habitan. Según este punto de vista, los mongoles ejercieron una influencia positiva, ya que conservaron Eurasia como dominio único, protegiéndola de las tendencias fragmenta-

doras aportadas por los credos y los reinos de Europa occidental. Siguiendo la misma lógica, los euroasiáticos dieron un veredicto positivo sobre los resultados del gobierno bolchevique, aunque se opusieran a su ideología. Sus intentos clandestinos de influir sobre la política soviética condujeron a que en el grupo se infiltrara la GPU, un episodio tenebroso del que Mirski parece haber sabido poco o nada.

Entró en contacto con esta corriente por intermediación de Piotr Suvchinski, a quien conoció en 1922. La enérgica correspondencia de Mirski con Suvchinski, que se mantuvo hasta 1931, es una de las principales fuentes utilizadas por Smith, y proporciona interesantes conocimientos sobre sus ideas y opiniones. Aunque Mirski tenía desde el comienzo dudas respecto al eurasianismo –por el hecho de que este movimiento afirmase la ortodoxia e insistiera en considerar a Rusia culturalmente distinta a Europa– se implicó estrechamente en las publicaciones de éste desde 1925 hasta su conversión al marxismo en 1929. Su mayor contribución fue sin duda la revista de cuya edición él era en buena medida responsable, *Versty* [*Postes Miliars*], cuyos tres números se publicaron en 1926, 1927 y 1928. Junto con artículos de los eurasianistas, incluyeron contribuciones de escritores emigrados como Alexei Remízov, Liev Shestov, Nikolai Berdiáiev y Tsvietáieva, y de escritores radicados en la URSS como Andrei Belyi, Iuri Tiniánov y Bábel. El segundo número es notable por sus colaboradores no rusos: E. M. Forster, con un artículo que parece haber sido un borrador inicial de *Aspectos de la novela*, y Bernard Groethuysen y Ramón Fernández, dos intelectuales franceses a quienes Mirski había conocido en las reuniones anuales de *littérateurs* selectos en Pontigny. Allí también conoció a Gide, quien lo puso en contacto con la revista *Commerce* y con los círculos sociales de Versalles, a los que pertenecían Paul Valéry, Eric Satie, Ígor Stravinski, Sergei Prokófiev, Maurice Ravel, André Derain y Julien Benda.

Roger Fry conoció a Mirski en Pontigny en 1925, y recordaba una conversación en la que éste afirmaba esperar con impaciencia la llegada de una nueva edad oscura. «No me interesa Europa, está acabada», parece que dijo, añadiendo que Rusia se estaba «liberando y va a crear nuevas concepciones de vida». El desagrado por la cultura materialista burguesa de Occidente era, por supuesto, una antigua tradición rusa tanto entre los intelectuales radicales como entre la aristocracia sentimental. Aunque Mirski pertenecía a esta última por clase, se sentía indudablemente más afín a la primera por temperamento, y parece haber sentido difusas simpatías radicales desde bastante joven, aunque a comienzos de la década de 1920 se consideraba «antibolchevique». Su pesimismo respecto a Europa quizá fuera en parte alimentado por la lectura de Spengler, cuyo sombrío relato de *Abendlandia* llamó la atención en Rusia. En las cartas escritas por Mirski a Suvchinski hay repetidas referencias a la decadencia de la civilización europea, a que Inglaterra se estaba «secando y muriendo» y a que Alemania estaba «podrida». Smith sugiere que el acercamiento de los euroasiáticos a la potencia soviética fue simplemente una acomoda-

ción a la «ideología que en ese momento dominaba en la potencia imperial rusa», de la misma forma que Berdiáiev y otros habían hecho las paces con la ortodoxia en 1909 en la famosa colección de *Vekhi* [Hitos]. Pero la constante preocupación de Mirski por las nociones de vitalidad y su frecuente uso de metáforas somáticas sugiere que sentía una necesidad más profunda de encontrar el pulso de la historia. De hecho, después de los dos libros sobre la literatura rusa, se centró cada vez más en el estudio de la historia. En 1927, escribió una breve *History of Russia*, y al año siguiente empezó a trabajar en un libro más amplio: *Russia, A Social History*. Aproximadamente al mismo tiempo, tradujo los dos volúmenes de *Brief History of Russia* [*Breve historia de Rusia*] escritos por el historiador marxista Mijaíl Pokrovski.

Smith considera la conversión de Mirski al marxismo como una caída en el dogma, tras la cual su lenguaje comenzó a llenarse de jerga. Es cierto que Mirski parece haberse convertido en un hombre muy de la línea del partido, y que las resonancias de las certidumbres estalinistas se han convertido en algo dolorosamente trasnochado. Pero lo que Mirski encontró en el marxismo fue algo de lo que anteriormente carecía: una idea de sistema, una explicación metódica, donde antes sólo habían imperado los criterios del buen juicio. Con seguridad, Mirski había leído a Lenin, a Marx, a Trotski a mediados de la década de 1920, ya que hizo comentarios acerca de ellos en *Contemporary Russian Literature, 1881-1925*, despreciando el estilo «desaliñado» de Trotski, pero admirando la lucidez y el «buen sentido de la ironía» de Lenin. Ante todo, los escritos de Lenin eran «los de un hombre de acción», quizá el término más elogioso del vocabulario de Mirski. Como observa Smith, en toda su vida Mirski parece haber buscado una unión de pensamiento y acción, siempre admirando la decisión y despreciando la especulación etérea; de ahí, quizá, que no le gustara «el horrible y despreciable humanitarismo, la pena, el menosprecio y el asco por la humanidad» de Chejov, tal y como él explicó en una carta enviada a Suvchinski en octubre de 1924.

En septiembre de 1931, Mirski publicó «Histoire d'une libération» en la *Nouvelle Revue Française*, una explicación de su trayectoria intelectual desde el idealismo al materialismo. Entonces se burló del eurasionismo, considerándolo un producto típicamente excéntrico del ambiente místico propio de la Rusia prerrevolucionaria, aunque su última fase de «materialismo cristiano» le había servido a él para conocer las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx. Afirma que en su «emancipación» influyeron personalmente Gorki —a quien conoció en Sorrento en 1928— y Maurice Dobb, pero los momentos clave fueron, como siempre, intelectuales: su lectura de Pokrovski y el encargo de escribir una biografía sobre Lenin en agosto de 1929, cuyo resultado completamente hagiográfico se publicó en 1931. A través de Lenin, Mirski llegó rápidamente a Marx y al comunismo: el 17 de octubre de 1929, le dijo a Suvchinski que había puesto un retrato de Stalin en su habitación, ante un mapa del mundo. Una semana más tarde se produjo el desplome de Wall Street.

Claramente, Mirski sentía que había encontrado el latido del futuro. Le había asombrado el «rostro bestial e inhumano de la burguesía británica» durante la huelga general, y ahora se alió con quienes se oponían a dicha burguesía, afiliándose al Partido Comunista de Gran Bretaña en el verano de 1931. Al mismo tiempo, intentó obtener el pasaporte soviético; había sido apátrida desde 1921, tras rechazar el pasaporte Nansen ofrecido por la Liga de Naciones. Pero inicialmente parece que sólo planeaba visitar la URSS, ya que también intentó obtener el permiso de reentrada en Gran Bretaña. Sin embargo, las actividades realizadas en nombre del Partido Comunista habían causado fricciones con su empleador de la Escuela de Estudios Eslavos, Bernard Pares, que se negó a responder por la fiabilidad de Mirski ante las autoridades británicas; lo que significaba que cualquier salida de Londres sería permanente. Smith excusa esto señalando el cargado ambiente del momento; pero Pares también advirtió a un colega estadounidense de las afiliaciones de Mirski, cerrándole así otra posibilidad que éste había explorado. Los liberales criticaron mucho la decisión tomada por Mirski de viajar a la URSS, pero no debería olvidarse que sus conocidos de Londres ayudaron a que la elección se convirtiera en algo irrevocable.

En enero de 1930 le había escrito a un amigo residente en Estados Unidos: «No obstante mi comunismo, realmente no puedo ir a la URSS; socialmente soy, a pesar de todo, un extraño». Tras un último verano en Francia, el «camarada príncipe» llegó en barco a Leningrado en septiembre de 1932 y se instaló en Moscú. Parece haber pasado sus últimos años en extremo aislamiento, viviendo en cuartos reducidos, a menudo sin acceso a baño. Malcolm Muggeridge lo conoció por entonces, y basó en Mirski el personaje del príncipe Alexis que aparece en su novela *Winter in Moscow* (1934): «Un hombre de barba oscura con la boca carriada; salvaje, infeliz y solitario». No obstante, los últimos cinco años que Mirski pasó en libertad fueron extremadamente productivos, y en ellos escribió aproximadamente la cuarta parte de todas sus publicaciones. Preparó artículos sobre Joyce, Kipling, Swift, Smollett, Defoe, Dos Passos, Whitman, Gertrude Stein, Shelley, Aldous Huxley y sobre escritores rusos como Tolstoi, Jliébnikov y el novelista y dramaturgo Yuri Olesha (el amigo de Mirski que lo apodó «zar Dima»). Escribió también estudios sobre la poesía tayika y georgiana, un artículo elogioso pero crítico acerca de un ensayo de Lukács sobre la novela —no está claro si él y Mirski llegaron a conocerse— y artículos enciclopédicos sobre el Romanticismo y el Realismo, desde los griegos a Gorki. También editó una influyente antología de traducciones de poesía inglesa, en la que incluyó a Yeats, Eliot y Auden, aunque en el último minuto eliminaron su nombre por haber sido arrestado; generaciones de poetas rusos, incluido Iosif Brodski, fueron enormemente influenciados por un libro del que hasta hace relativamente poco no se sabía que era obra de Mirski.

En 1934, publicó las obras más importantes de su era soviética, *Intelligz-bentsia* —su título reproduce la deformación inglesa de la palabra rusa— que en 1935 fue traducido al inglés con el título de *The Intelligentsia of*

Great Britain. El libro produjo aullidos de indignación en Bloomsbury, donde lo consideraron un «arrebato injusto, inmerecido e imperdonable». Smith considera que «rebosa de sarcástico y arrogante desprecio hacia la elite intelectual británica». Es ciertamente despectivo respecto a la pobreza filosófica general de la cultura británica. Casi todas las figuras sobresalientes y todas las líneas de pensamiento son objeto de ataque: los fabianos, los «progresistas», Keynes, los «intelectuales», Shaw, los bloomsburitas, que están «extremadamente intrigados por sus experiencias íntimas más mínimas, y que las consideran un inagotable almacén para nuevas experiencias íntimas todavía más minuciosas». Pero Mirski también reconoce el talento y la intelectualidad genuinos cuando los ve: Woolf, Eliot, Joyce, Keynes, Huxley, Bertrand Russell. Lo que probablemente molestó a los lectores británicos del libro fue que vinculara su evolución intelectual con las fortunas del imperio y que diseccionara con agudeza el papel de los progresistas en el mantenimiento del capitalismo. Por su parte, la rigidez estalinista que otros han descubierto en el libro no funciona en el vacío. De acuerdo con el análisis de Mirski, el capitalismo estaba condenado, sus contemporáneos sólo podían optar entre el comunismo y un giro semiconsciente hacia el fascismo: civilización y barbarie.

En agosto de 1933, Mirski fue uno de los 120 escritores enviados para glorificar el proyecto de canal entre el mar Blanco y el Báltico. Formó parte de la brigada de siete escritores en la que también se encontraba Víktor Shklovski, cuyo hermano fue uno de los prisioneros que construyeron el canal en condiciones infrahumanas. Aparentemente, Mirski planteó al delegado jefe del GPU una serie de cuestiones incómodas respecto a lo que se había ahorrado utilizando mano de obra gratuita, un temible *faux pas* político, pero también una señal de que seguía manteniendo su independencia mental. Un joven escritor con el que Mirski compartió el departamento de tren en el viaje de vuelta a Moscú reconstruyó una conversación en la que éste muestra de nuevo su independencia; aunque hay también indicios de que sufría un gran desencanto. «Me gusta mucho de lo que se ha hecho y se está haciendo. Pero no comprendo muchas cosas. [...] Claramente veo carencias, cálculos equivocados, errores, omisiones y a veces incluso arbitrariedades. [...] Donde quiera que vayas aquí, hay algún secreto oculto. Bajo cada presa. Bajo cada esclusa. En el destino y en el trabajo de todos y cada uno de los soldados del ejército del canal».

Mirski se vio envuelto en una serie de disputas literarias durante 1934, la más arriesgada de las cuales se centró en la importancia de Pushkin, a quien Mirski acusó de servilismo ante la autocracia —precisamente en el momento en que ésta se estaba readecuando y convirtiendo en virtud soviética—, y la última novela de Alexander Fadéiev. Mirski había admirado *La derrota* (1927), pero consideró *El último de los Udege* (1934) enormemente inferior, y un error artístico. Fadéiev, sin embargo, era una figura sobresaliente en la Unión de Escritores, y una hueste de burócratas literarios salió en su defensa. Como en otras ocasiones, Mirski se salvó de su ira por intervención de Gorki; tras la muerte de éste, en 1936, sin

embargo, su posición fue cada vez más vulnerable, y *Pravda* lo atacó públicamente en varias ocasiones entre 1936 y 1937, acusándolo de «wrangelita» y de ser la «voz de Bujarin». En enero de 1937, intentó aferrarse a la seguridad con un artículo entusiasta sobre el inminente juicio y ejecución de Radek y Piatakov, y en mayo escribió al secretario general de la Unión de Escritores una carta en la que admitía sus «errores»; pero esto fue en el momento culminante de las purgas, y las supervivencias eran un acontecimiento raro entre los escritores. Mirski fue detenido la noche del 2-3 de junio de 1937, sentenciado a ocho años de trabajos forzados por ser «sospechoso de espionaje» a finales de julio, y llegó a uno de los campos de Kolyma el 24 de septiembre, donde lo pusieron a trabajar en la tala de árboles. De los archivos de la NKVD, Smith ha desenterrado las escalofriantes transcripciones de los interrogatorios a los que fue sometido Mirski y los informes trimestrales sobre su trabajo emitidos por las autoridades del campo de Atka, que describen impasiblemente el deterioro de su salud, hasta que finalmente murió en junio de 1939. En 1962 fue declarado inocente y rehabilitado.

Testigo de la guerra, la revolución y el exilio, de la crisis del capitalismo y de la construcción comunista, Mirski vivió los peligros y las decepciones de su generación como pocos otros. Aunque los análisis que hace de los libros de Mirski son quizá un poco breves, y a pesar de un extraño escrúpulo respecto a sus escritos marxistas, Smith ha proporcionado un admirable estudio sobre un hombre asaltado por una sucesión de certidumbres: que eligió el exilio para escapar de una muerte cierta tras la guerra civil, que eligió el comunismo para forjar lo que en su opinión era el único futuro viable. Quizá la certidumbre más dolorosa, sin embargo, fuera la que se encontró a su llegada a la URSS: que era «socialmente un extraño», indeseado e innecesario para la causa que él había escogido por pura convicción. Y tampoco éste fue un fenómeno meramente personal: como el propio Mirski afirmó en el obituario que escribió para Maiakovski —publicado en Berlín en un pequeño libro junto con el tributo de Jakobson—, la generación nacida en los últimos quince años del siglo XIX había anulado la estética espiritual de sus predecesores, pero todavía en nombre de un punto de vista individualista que ahora la vida soviética había eliminado. El «significado objetivo» del suicidio de Maiakovski radicaba en el reconocimiento de este crudo hecho: Maiakovski «desnudó su alma antigua sólo para asesinarla». Mirski, por el contrario, se mostró poco decidido a rendir su talento al pensamiento crítico-individual, pero su «alma antigua» fue consumida por el riguroso aliento de la historia.